

que al actuar de este modo el Ejecutivo favorece una dualidad de regímenes de Prestaciones Sociales, ni pretendemos aprovecharnos de la incongruencia doctrinaria implícita en esta posición gubernamental, para reforzar nuestro planteamiento original.

De la misma manera, y a objeto de que no se nos califique de doctrinarios y anacrónicos, queremos consignar que, tal como indica claramente nuestra orientación en relación a la privatización, no creemos que deban convertirse en cuestión de honor y rechazarse, los esquemas de administración de recursos propiedad de los trabajadores con base en criterios de inversión financiera privada. En este sentido, creemos que, por ejemplo, las pensiones de vejez del Seguro Social pueden perfectamente manejarse por instituciones bancarias o empresas de seguros, sujetando tal manejo a estrictos controles sobre la diversificación de la cartera de inversiones y las garantías mínimas de esa inversión. Por esta vía, pensamos, puede contrarrestarse la descapitalización de estos fondos —que es una realidad indiscutible y lamentable— a la par que se sientan las bases financieras para lograr una mejora sustancial en el monto de las pensiones de jubilación que paga el I.V.S.S. A estos fines, estamos convencidos, por cierto, de que la experiencia chilena de los últimos años suministra una valiosa referencia institucional y económica para lograr el máximo de seguridad en las colocaciones de esos y otros fondos. Consecuentes con esta orientación estratégica, no mantenemos ninguna actitud a priori en contra de instituciones como los fondos de jubilación privados, los cuales —siguiendo el criterio de la O.I.T.— pueden y deben complementar los esquemas tradicionales del reparto y en la noción de solidaridad entre los trabajadores. Su implantación, sin embargo, no debe tener un carácter eminentemente imitativo, debiendo estar condicionado, por una apreciación realista de las múltiples implicaciones y consecuencias que esa implantación traería consigo.

Por lo dicho, es claro que en relación al tema de las Prestaciones

Sociales y a la adopción sugerida de un sistema de fondos de jubilación privados, la C.T.V., ha adoptado una posición flexible y responsable, muy alejada del dogmatismo y la rapidez. De allí que reiteremos que de lograrse una fórmula que no desmejore los derechos adquiridos por los trabajadores y permita simultáneamente perfeccionar y fortalecer la seguridad social de la población, nuestra Central le daría todo su apoyo. Sin embargo, lo que puede observarse es que, desafortunadamente, en el caso de la contraparte empresarial, la actitud ha sido, en lo esencial, una reiteración casi sistemática de la proposición originalmente publicada en septiembre del pasado año. Como se expresa en ese documento, tenemos objeciones de fondo a la proposición de eliminar el actual sistema en materia de Prestaciones Sociales y de sustituirlo por un régimen de fondos privados de jubilación. Mientras ellas no se responden con seriedad, la reiteración de la proposición simplemente escamotea el quid del asunto, y dificulta objetivamente llegar al mejor arreglo posible para la sociedad en su conjunto. Por ello, creemos que el Proyecto de Ley Orgánica del Trabajo debe ser aprobado a la mayor brevedad, comprometiéndose simultáneamente el Congreso de la República a constituir una Comisión Bicameral que actuando con prontitud permita la formulación y aprobación de una Ley Especial que regule lo relativo al régimen de Prestaciones. A los trabajos de esta Comisión ofreceremos desde ya el máximo de apoyo, recursos y la mejor disposición por parte de nuestra Central. Negar que, en relación a las Prestaciones Sociales, existe una oposición de intereses entre empresarios y trabajadores sería ocioso e improductivo. Pretender que puede resolverse salomónicamente es equívoco. Pues ello convertiría el eclecticismo de los medios en la irracionalidad social de los fines. Frente a la igualdad de los derechos contrapuestos no cabe otra alternativa, distinta de la fuerza, que extremar la inteligencia y la buena voluntad.

Caracas, 1º de noviembre, de 1990.

DICTAR CLASES MIENTRAS LA VIOLENCIA ES MAESTRA

Aliana González

Este reportaje, publicado en la pag. C-1 de la edición del 23 de noviembre de 1990, del diario El Nacional, revela no sólo la pericia de la periodista Aliana González, sino la sensibilidad y vivencias necesarias para transmitir la situación que vive la gente de los barrios y los esfuerzos que se hacen para mantener abierto el compromiso de la esperanza. Este documento es ilustrativo del Editorial de este número de SIC.

(N. de la R.)

Me movió a hacer esta entrevista el enterarme de una triste y cruda realidad que no me dejó dormir por varios días: tres de mis alumnos del 6to. grado, dulces y callados, de risa fácil y ocurrente, hoy están muertos. Dejaron de existir en diferentes sucesos, atacando en la Avenida Libertador, en confrontaciones entre pandillas, víctimas de tiros perdidos. Casi tan anónimamente como hasta hoy habían sobrevivido.

Y es que es necesario que el lector se entere que antes de asumir los caminos del periodismo trabajé como maestra durante cinco años, en una escuela que hacía equilibrios entre los vericuetos del barrio, tras una empinada cuesta, tan marginal como el barrio mismo. Desde arriba se veía, lejana, la ciudad. Bajo la aparente calma cotidiana se movía un mundo subterráneo que poco a poco ganaba terreno, mientras los maestros permanecíamos ajenos. La violencia era otra maestra que deambulaba desfachatada entre nosotros.

Así como esa escuela, hay miles enclavadas en las zonas marginales que rodean nuestras ciudades y en muchas se inicia la formación de los futuros delincuentes, sin que nadie haga nada por evitarlo. Enfrentar esta realidad, dedicando mayor atención a las escuelas de las zonas marginales —para atacar desde su epicentro a una de las causas de la inseguridad, que campea en el país— es una de las más urgentes tareas que debe asumir el Ministerio de Educación, de manera seria y decidida.

DOS QUIJOTES CONTRA EL MUNDO

Melvin Escalona y Gabriel Fumero son dos maestros que intentaron, desde aquel contexto, una lucha quijotesca contra la violencia. El recuento es tan asombroso como alarmante, porque denota los avances de esta violencia creciente en su estratégico acaparamiento de escuelas, sobre todo de aquellas ubicadas en los barrios marginales.

Mientras el maestro da clases y se voltea a escribir en el pizarrón, un alumno saca una Magnum "de las de verdad, verdad" y le apunta a la nuca, provocando la risa del colectivo. En juego la guarda en su bulto, sin que el maestro se percate de ello. Mientras, la distribución de bazuco en los baños es frecuente y las armas utilizadas en atracos por los malandros del barrio, son custodiadas por los pequeños del segundo o tercer grado, bajo el halo protector que otorga la inocencia, para ser guardadas en bolsas plásticas en los tanques de las pocetas.

Desde la cantina es donde se entregan "los mensajes", que acuerdan

"¿dónde es el punto de hoy para el atraco" y con gestos se transmiten si hay o no pelea (con chuzos y tiros, involucrando a niños de nueve y doce años). Esto, sin olvidar que las niñas más pequeñas y lindas de la clase, son amantes de los jefes de bandas del barrio y los niños utilizados como "mulas" para la distribución de droga.

Todo esto sucede a diario, mientras el maestro hace esfuerzos enormes por comunicarse con voz amanerada, tratando de hacerse confiable: "Pero cuéntame ¿qué te pasa, por qué no prestaste atención a la clase? Saliste raspado, que no vuelva a repetirse o se lo digo a tu mamá". El niño se presta al juego y asume su falso arrepentimiento. En el fondo, el maestro sabe que hay algo más, pero el terreno es tan escabroso, que mejor es no pisarlo.

—Ocurre lo que decía el maestro Simón Rodríguez, el culto a la mentira que se da en la escuela: el maestro debe fingir que sabe y los niños deben fingir que no se aburren. Nuestras escuelas se aíslan de la realidad en la que se encuentran, truncan la entrada a la vida. Las risas de los niños, sus angustias, sus temores, se quedan tras los muros. El niño debe callarse y empezar a jugar con otra ética, que no es la suya—, explicó Melvin Escalona.

En el barrio es otro el código de comunicación que priva, otras las leyes de subsistencia social. La violencia se está agigantando día a día, invadiendo más terrenos. Ignorarla es otra forma de violencia.

RACIONALIZARLA O SOLIDARIZARSE

Hoy no sabemos qué es de la vida de Daniel. La última vez que lo vimos salía huraño del colegio, con sus diez años al hombro, clamando venganza al ser descubierto. Era el principal eslabón de una de las redes de distribución de droga más poderosas del barrio y desde el cuarto grado tenía su comando de acción. Todos los niños del colegio le guardaban un intenso respeto. Ese día fue expulsado, tras notificarle a la policía las actividades en las que se encontraba inmerso. Era, además, el más despierto del salón, le gustaba dibujar y escribir poesía. Cuando las recitaba los ojos se le inundaban de una extraña luz. Desde aquel día en que se fue del colegio, quedó aún más sellado su compromiso con la delincuencia.

Lo más común cuando nos encontramos de frente con un hecho de evidente violencia en la escuela, es la evasión. Racionalizamos el problema con el conocido discurso: ocurre por que lo obliga la crisis, la falta de afecto, la imposibilidad de satisfacer las mínimas necesidades. Falta, además, vigilancia policial, planes recreativos, canchas deportivas... y tantas otras carencias.

—Se llama a atacar la violencia con mano dura y nos olvidamos que el papel de las escuelas es el de la educación. Tenemos niños tan inteligentes que son capaces de engañar al maestro distribuyendo drogas dentro del colegio, con ardidés increíbles. ¿Por qué perderlos? No ofrecemos ninguna alternativa, al niño no le queda otro camino, que el de la violencia— comentó Gabriel Fumero.

Conocer la realidad de estos niños violentos fue la primera estrategia que ambos maestros se trazaron. Descubrieron que en el barrio el malandro tiene un alto prestigio social y que cuando mueren, la comunidad les rinde culto de héroes en los entierros.

—Nos planteamos marcar a los niños con una rutina escolar de 7 a 9 de la mañana, olvidamos el programa del Ministerio de Educación. La intención es que el niño tuviera elementos conscientes de amor, que conociera su fuerza interior. Encontramos una enorme disposición para este autodescubrimiento que iniciamos con ejercicios de respiración y lecturas silenciosas, permitiéndoles, ante todo, el que estuvieran consigo mismos— dijo Gabriel.

Luego, la otra parte de la estrategia: legitimar la violencia hablando del tema libremente, sin temores. Lo demás lo hicieron los mismos alumnos al acercarse al maestro y contarle, en confidencia, sus verdaderas angustias, sus temores y toda la terrible realidad a la que a diario deben enfrentarse.

—Claro, que tuvimos que asumir la misma ética del barrio: "Muere callado". Así, ni al director, ni a los demás maestros, ni a los padres, les

contamos estas confidencias— explica Gabriel Fumero.

De pronto un niño les cuenta que esa mañana mataron a tres frente de su casa, "¿Cuándo me tocará a mí?" es la pregunta que se hace, ante el poco valor que allí se le da a la vida. Una sesión de terapia que involucra un pacto de caballeros, porque al que habla, le cuesta la vida.

—Entonces fue cuando comenzamos a enterarnos de la terrorífica realidad que escondían estos niños, la angustia que acumulaban. Y se produce un compromiso auténtico, que trasciende nuestra relación de maestros— dijo Melvin Escalona.

Llega un niño problematizado porque descubrió a su padre enterrando paquetes de bazuco en el piso del rancho y descubren a muchas de estas familias involucradas en distribución de drogas. Entienden que el salón está dividido por zonas, según las bandas que comandan las diferentes áreas del barrio.

Conciliar entre las distintas bandas, negociando, fue la estrategia que asumieron los maestros. Aceptar a los más malos, sin excluirlos ni marginarlos, queriéndolos tal como eran, la mejor manera de llegarles.

LA VIDA EN COMPROMISO

—A las 11:30 terminaba una clase y entre 11:30 y 12:30 empezaba otra, con otros códigos de comunicación, otros valores. Allí llegaba el más desatendido, el más olvidado. El contexto escolar desaparecía. Asumimos el rol de padres, fuertes y bondadosos, según exigiera la situación— comentó Melvin.

—Por eso, entrar a golpes a un niño, era también decirle "Tú existes, me preocupas". Era mostrarnos tan humanos como ellos y dejar de jugar a la mentira. Era decirles que nuestro compromiso no era ficticio. Pero fue un proceso peligroso, porque la violencia pica, cuando está cerca. Ser pana, es también batirse por tu pana,— refirió Gabriel.

Un día vinieron los malandros buscando a uno de los niños, que tras las reuniones con los maestros había decidido no seguir colaborando. La intención era matarlo. Los maestros no lo quisieron entregar, negociaron. En un descuido, perdieron terreno. Maestros y malandros se entraron a golpes.

Los golpes dirigidos al niño, los recibimos nosotros. Nos dimos cuenta que había un alto riesgo existencial involucrado en este trabajo. Ya habíamos trascendido el riesgo pedagógico y nos encontramos con este otro riesgo, ya de vida— dijo Melvin.

Pero los resultados pedagógicos se empezaron a ver. El nivel de lectura en la pequeña biblioteca se incrementó de cero a 150 y 200 libros semanales, y el interés por el estudio comenzó poco a poco a ganar terreno. Melvin Escalona y Gabriel Fumero, después de cuatro años de la experiencia que hoy relatan, recuerdan a Manuel, un niño que pudo tener un futuro muy distinto al que hoy vislumbra.

Y es que a los diez años este niño decía que la vida no tenía sentido y que deseaba morir. Todos los días se levantaba a las 3 de la mañana a trabajar vendiendo periódicos o empanadas, para estar puntual a las siete en la puerta del colegio, cuando le tocaba ir a clases. Eso, porque él y el hermano compartían un sólo uniforme. Cuando iba a clase se sentaba de último en el salón y permanecía callado el resto del día.

—Hace poco, se acercó a nosotros. Nos confesó que él sentía que cuando hablábamos, nos dirigíamos sólo a él aunque todo el salón escuchara la clase. Y nos dijo: "Voy a estudiar mecánica, porque tengo un compromiso con ustedes"— señaló Melvin.

Aunque dejó de estudiar su curso regular, de manera autodidacta se dedicó a la mecánica. Su mamá hoy en día dice: ¡Gracias a Dios llegaron dos maestros que nos cambiaron la vida! Melvin respira hondo para agregar:

—Pareciera, como hipótesis, que hay un mundo interior que puede permitir que la violencia no se agigante, que no nos atropelle. Acompañar al niño en este descubrimiento puede ayudarnos a sobrevivir. Es entrar con ellos en esa hermosa madeja, que es un misterio, tan extraño y hermoso. Un poema circular que tiene sentido y que nos dicta pautas de comportamiento: el mundo interior, que puede ser el arma de estos niños para pasarle por el lado a la violencia, sin que los toque.